

BAJO EL SOMBRERO

TEXTO Jérôme Coignard
FOTOGRAFÍAS Jérôme Galland

Las hormas para sombreros, como las que fabrican las manos mágicas del *formier* Lorenzo Ré, son esenciales para diseñar sombreros de alta costura, sin embargo, poco se sabe de estas fascinantes creaciones de madera

No lejos del bullicioso distrito de la Bourse, en París, hay una calle a donde no llegan los vehículos. Llamada en un tiempo Le Petit Chemin Herbu (el pequeño camino de hierba), todavía conserva un ambiente de relativa tranquilidad. En esta calle, el gran arco de piedra y portal doble de madera esculpida en el exterior de uno de los edificios anuncia una residencia aristocrática del siglo XVIII. En su interior está el taller de un artesano excepcional, Lorenzo Ré.

Sabemos todo, o casi todo, sobre los sombrereros, sin embargo, poco se sabe del *formier* que esculpe el bloque de madera sin cuya contribución el sombrerero sería como un cuchillo sin mango, porque es el *formier*





el que crea la horma de madera sobre la que el diseñador de sombreros realiza su creación. Naturalmente, estamos hablando de la elaboración tradicional del sombrero, un arte secular, y no de la producción industrial en la que no hay tiempo para tales sutilezas.

El amor por la madera indujo a Lorenzo Ré a interesarse por la escultura. Nacido en Piacenza, Italia, su vocación surgió a la edad de 10 años, cuando se encontraba en un taller de carpintería en el campo. El joven muchacho sintió la magia del lugar, el aroma de la madera tan cálido y penetrante como el del pan horneándose. Con ese brillo de entusiasmo en los ojos del niño que nunca ha dejado de ser, Lorenzo recuerda: “Era un humilde carpintero rural que hacía carros y carretillas e incluso contenedores para uvas”.

Dos años más tarde, Lorenzo comenzó a asistir a clases de dibujo los sábados y a esto le siguió la escultura. Al cabo del tiempo, fue admitido en la escuela de educación profesional Visconti di Modrone en Grazzano Visconti, situada en el majestuoso marco de un castillo medieval. De niño, el gran director de cine Luchino Visconti se alojó en este castillo, reconstruido a partir de las ruinas por su padre, Giuseppe Visconti di Modrone, duque de Grazzano Visconti, quien instaló allí talleres especializados en hierro forjado y madera tallada.

Cuando Lorenzo dejó esta extraordinaria escuela, se especializó en la profesión más delicada del mundo: escultura en madera. Los sombreros llegaron a su vida por casualidad, durante unas vacaciones en París. Esta nueva pasión comenzó con una visita al taller de su tío, un *formier*. Fue a principios de la década de 1970, cuando Lorenzo tenía 19 años. Se dejó seducir por lo que veía y decidió trabajar allí unos meses. No le pasaba por la cabeza que este taller, fundado por su tío en 1962, pasaría a ser de su propiedad, menos aún que toda su vida profesional transcurriría allí. En la década de 1960, había quizá ocho *formiers* trabajando en la zona, casi todos ellos italianos, junto a otros artesanos de la industria de la sombrerería. En este taller en particular se teñían las plumas para los sombreros, a principios del siglo XX. Un enorme techo de vidrio ilumina las dos estancias en las que no hay ventanas. En una sala está la gran sierra circular, la prensa y los gruesos tablones de madera no tratada que Lorenzo cortará en bloques. En la otra, el trabajo de esculpido se realiza en un banco monumental, tan marcado y rayado por todos los golpes, arañazos y muescas recibidos a través de las décadas que parece una reliquia medieval.

Las instrucciones que recibe de sus clientes sobre el molde que desean pueden variar desde intrincados

esquemas con todo detalle, a simples bocetos, a veces poco claros. Se ríe recordando a un cliente de Estados Unidos que llamó diciendo: “Quiero algo así, con esto y lo otro”. Le sugirió que hiciera un boceto, y este le contestó: “No serviría de nada, dibujo muy mal”. O cuando una casa parisina de alta costura le pidió que creara una serie de figuras, inspiradas en el arte del tocado de una tribu africana específica. De nuevo, sin bocetos en los que inspirarse, tuvo que documentarse en la biblioteca. Se publicó en una revista de papel cuché y esta creación única circuló por todo el mundo.

Los plazos de ejecución suelen ser muy cortos y en la etapa previa a los desfiles de alta costura el ritmo es



frenético. Lorenzo colabora regularmente con Philip Treacy, diseñador de sombreros de las estrellas y estrella de los diseñadores de sombreros. “Siempre que recibo una caja de Philip Treacy, me pregunto qué habrá dentro”, comenta. Treacy, con sede en Londres, es célebre por sus imaginativas creaciones. Para él, Lorenzo hizo una de las mayores hormas: una pieza de 60 kilos que le llevó 17 días. La mayoría de los sombreros en la boda del Príncipe Guillermo y Kate Middleton fueron hechos con hormas de este taller.

Basándose en los bocetos, Lucie, la esposa de Lorenzo, elabora un prototipo de sombrero en paja de arroz, utilizando una técnica conocida como *sparterie*. Esta fina fibra de arroz se teje a mano en Japón, en un proceso costoso y ahora raramente utilizado. La paja se

Lorenzo Ré crea numerosas hormas para sombreros en su taller parisino (arriba), en donde trabaja junto a su esposa, Lucie. Página anterior: Lorenzo utiliza herramientas especiales en la creación de los modelos para chisteras, sombreros de alta costura y un casco de moto de piel (página 27), expuesto en Londres en la década de 1970



Lorenzo dispone de un centenar de gubias, cinceles y punzones listos para la batalla artesanal

humedece y después se moldea con una plancha muy caliente. Este es el prototipo que utiliza Lorenzo para sus hormas. En un rincón se ven las *sparteries* esperando servir como modelos para los mejores sombreros.

Aunque las hormas para gorros y sombreros sencillos se pueden hacer a partir de una pieza de madera, para cualquier sombrero de ala ancha se requieren dos o más que se unen con cola en una prensa de tornillo y se dejan secar durante 24 horas. La razón es muy sencilla, dice Lorenzo: “Un bloque único de madera se agrietaría”. Los modelos más complejos pueden llevar unas cuantas piezas más.

El cubo de madera resultante se manipula bajo la gubia con manos diestras y expertas, para crear un cilindro. Este es el primer paso del artesano. Después de transferir la forma general del prototipo a la madera con lápiz y compás, trabaja de nuevo con la gubia hasta aproximarlo a su forma final. Esta primera fase requiere el ágil virtuosismo de un instrumentista superior, aunque en este caso, el más mínimo titubeo podría acabar en la pérdida de un dedo.

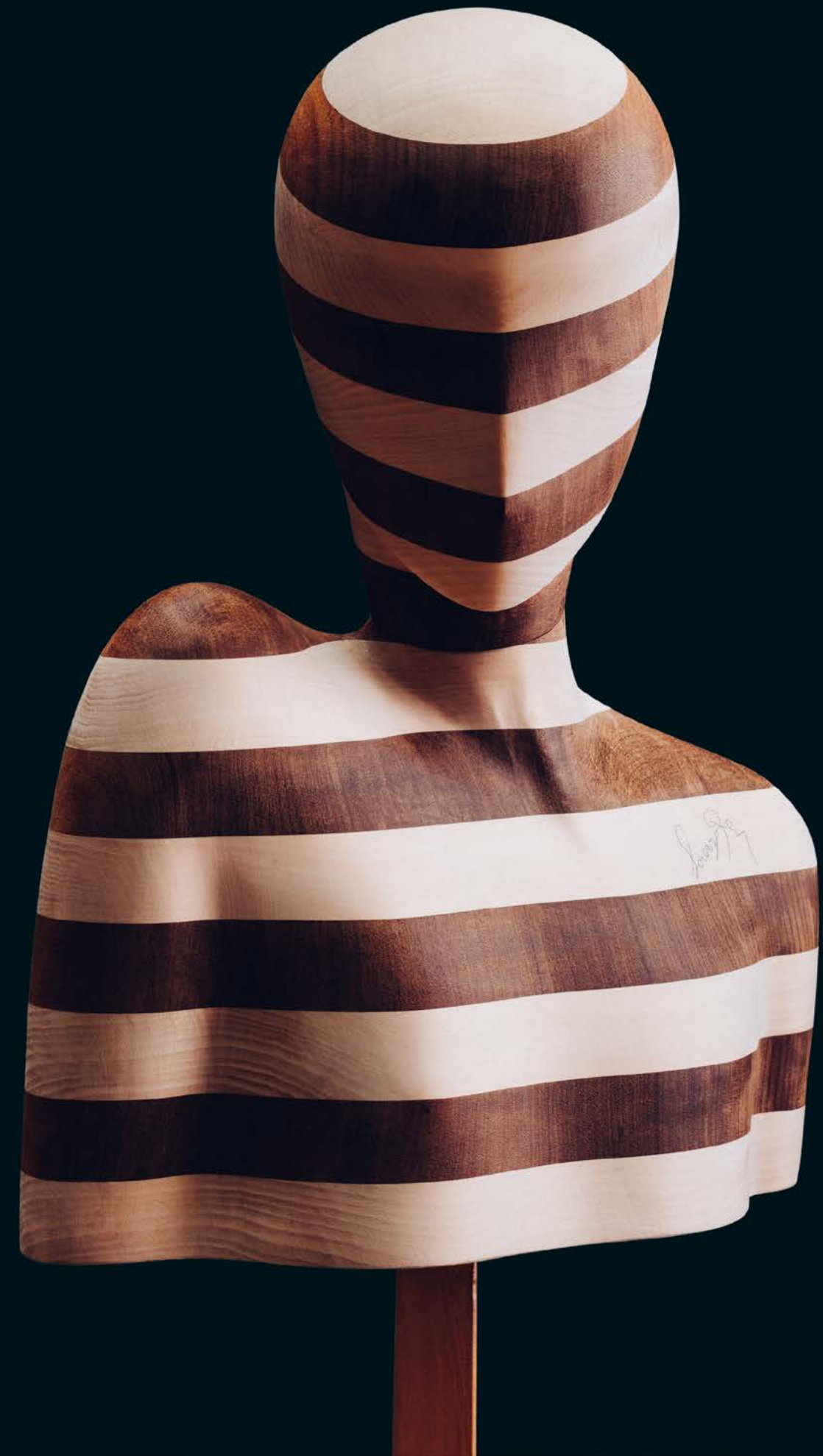
Es un alivio salir de esta sala dominada por esta máquina estridente, para entrar en el estudio del escultor.

Para refinar su trabajo, Lorenzo dispone de alrededor de un centenar de gubias, cinceles y punzones alineados en un gran banco de trabajo, como un pequeño ejército presto para la batalla. Los golpea con un martillo de madera o de caucho, según se requiera. Pero en la mayoría de los casos, el escultor maneja la herramienta con la palma de la mano. Para las hormas de sombrero, Lorenzo utiliza madera de tilo por su textura de grano fino, a la vez blanda y resistente. Para piezas como los torsos, los soportes de presentación y las figuras, su preferencia es la samba, una madera que procede de terrenos arenosos. Las fibras de samba atrapan diminutos granos de sílice que achatan las cuchillas; de ahí la piedra de afilar que el escultor tiene siempre a mano, lista para la humilde tarea del afilado. Solo queda en París un fabricante de estas magníficas herramientas de hierro. Después de treinta años de utilizarlas, se han desgastado a la mitad de su tamaño.

Una vez esculpido, el molde se suaviza con una lima y papel de lija y, después de desempolvarlo, ya está listo para su entrega. La madera se cubrirá simplemente con una capa de barniz o pintura antes de que el sombrerero pueda “formar” el cono de fieltro sometido al vapor para hacerlo maleable. Este molde de fieltro se fija alrededor de la horma utilizando un cordel y alfileres. Agujereados por miles de alfileres y después de haber pasado por el horno de secado, estos bellos modelos de madera de tilo tienen una vida de entre 20 y 40 años. Se puede tardar dos días en hacer un modelo sencillo y se puede tardar hasta varias semanas para los más complejos con piezas extraíbles.

En una época en la que un sombrero de producción masiva cuesta menos que el fieltro utilizado por un sombrerero, solo los grandes diseñadores y los creadores de sombreros de lujo pueden encargar estos moldes de madera. El estudio de Lorenzo trabaja con firmas como Chanel, Givenchy o Christian Dior y con sombrereros de todo el mundo. Mientras que su tío dirigía un equipo de cuatro o cinco empleados, Lorenzo es el único *formier* en su estudio. Lucie, su esposa, se encarga de las relaciones con los clientes, los pedidos y las *sparteries*. Uno a uno, los *formiers* que quedaban en París se han jubilado y han cerrado sus talleres. ¿Es posible que esta profesión esté condenada a desaparecer? Lorenzo nos muestra con orgullo los pequeños objetos de madera que su nieto acaba de hacer en el taller. ¿Tomará las riendas algún día este joven, como lo hizo Lorenzo antes? Solamente tiene 10 años. Pero esa era la edad de Lorenzo cuando se despertó su vocación. ✦

Para más información sobre este tema, vea el contenido exclusivo en *Patek Philippe Magazine Extra* en patek.com/owners



Arriba: Lorenzo esculpe un diseño. Para trabajar la delicada madera de tilo se requiere una mano firme y tenaz y herramientas de acero que solo puede suplir un fabricante de París. Página contigua: este busto en dos colores, utilizado para exponer sombreros y pañuelos de seda, está realizado en madera de tilo y caoba